

Los visitantes de la basílica del Pilar entran allí, como así ha sido siempre, buscando a la Virgen. En esta época previa a las vacaciones de Semana Santa, son muchos los grupos de jóvenes estudiantes que hacen un alto en su viaje para conocer este templo. Los turistas se acercan, en su mayoría, ajenos a la efemérides del aniversario de Goya. Una vez allí, tampoco disponen de muchas facilidades para reconocerlo, a menos que visiten la basílica con un profesor. La bella cúpula restaurada de la Reina de los Mártires no luce como debiera, semioculto el dispositivo para iluminarla por un confesionario.



# Bajo las cúpulas

Liz Aldayturriaga

**E**sta semana han ocurrido muchas cosas en nuestra ciudad. El Real Zaragoza fue borrado de la Recopa. Una caja de ahorros presentó sus cuantiosos beneficios. La NASA nos halló en el mapamundi y nos mandó doce hombres con un recado. La primavera ha venido, y nadie sabe cómo ha sido.

Cada año por estas mismas fechas, pasan también cosas parecidas. Así, los políticos comienzan a jugar a jugar a cacos a cuenta del Día de San Jorge; así, se empiezan a ver niños y niñas probándose trajes de primera comunión; y así, chicos y chicas en viaje de estudios, procedentes de institutos de la cuarta parte de Europa, hacen un alto en la carretera —camino de allí o de allá— para visitar el Pilar.

Se les puede ver cualquier mañana de éstas, a lo largo, ancho y alto de la Plaza de las Catedrales, espantando a las palomas de lado a lado y encaramándose —eso sí, con mucho cuidado— a los monumentos del lugar. Estos chicos viajeros —de España, Francia, Alemania, Italia— son reconocidos con facilidad: se esconden tras sus gafas de sol, modelo sensación-de-vivir; apuntan a todas partes, con sus pequeñas cámaras de fotos, deseosos de immortalizar a cada uno de sus amigos delante de cada una de las fuentes.

### «Dentro, dentro»

Entre estos centenares de chavales, destacan algunos paisanos y un señor que viste pantalón corto y luce cabellera y barba blancas. Acertamos a entender, en un sufrido «español», que el señor es alemán y su nombre se parece ligeramente a Antón. Nos hace una pregunta:

—¿Dónde, Goya?

—¿Qué?

—Cuadros, ¡Goya!

—Dentro, dentro —le contestamos, en plan mimético-bisibillaco, señalando la Basílica del Pilar.

Dentro-dentro, la primera experiencia es la que se acostumbra. Un escalofrío que se transmite desde el mármol y a través de la suela de los zapatos hasta calar muy hondo, en la médula de los huesos.

—Es que es tan grande que me da frío —se comentan dos señoras, agarradas del brazo.

En misa de doce, escuchamos los murmullos del recogimiento habitual y luego, el sermón. Un señor va recomendando a los chicos de las mochilas que procuren no hablar muy alto. Estos están repasando las maravillas del templo sin orden ni concierto, muy a la suya, medio a grititos ahogados, ya saben:

—¡Mira cuantos arcos de medio punto!

—¡Hala, una tumba!

—¡Qué pinturas más bonitas!

—¿Cómo se encienden las velas?

—¡Sara, Sara!

—¿Y las bombas?

### Goya iluminado

Un grupo de madrileñas, jovencitas de tercero de bachillerato, que se han detenido un momento para ver el Pilar de paso a Italia, también me preguntan dónde está Goya. Pues está un poco difícil, la verdad.

Primero, La Adoración del Nombre de Dios, en la bóveda del Coreto, allá arriba, sobre la guirnalda que sostienen los ángeles. No se ve muy bien. Además, molestan un poco a las personas que asisten a la misa aunque intentamos cubrirlo con el brazo lo más bajo posible.

Bajo la cúpula de la Reina de los Mártires apenas se para nadie. La gente tiene prisa por pasar de la fila para besar el Pilar de la Virgen a la visita de sus mantos y joyas en el Museo Pilarista. El cartel-medallón que explica las obras de arte que adornan los coros y capillas pasa despercebido.

Bajo la cúpula, digo, apenas se detiene nadie. Oímos los murmullos de las oraciones, los tacones de las señoras, las voces de los niños, pequeños: oímos ha-



«Los frescos restaurados de la cúpula brillan en todo su esplendor. La magnífica luz artificial subraya los cálidos trazos del conjunto, animado por colores ocres, amarillos, azules... Entonces la gente empieza a pararse, a medida que unos y otros vamos elevando los ojos hacia la cúpula, al cielo, y volvemos a sentir el bendito escalofrío»

blar en francés y en italiano, y el sonido rítmico de las monedas que recogen los cepillos y las cajas de los velones. Montamos guardia bajo la cúpula, en una esquina de la capilla de la Confesión. Allí, semioculto tras un

confesionario, se encuentra el dispositivo que ilumina —previo pago de veinte duros— la maestría de Goya.

Los frescos restaurados de la cúpula brillan en todo su esplendor. La magnífica luz artifi-

cial subraya los cálidos trazos del conjunto, animado por colores ocres, amarillos, azules... Entonces la gente empieza a pararse, a medida que unos y otros vamos elevando los ojos hacia la cúpula, al cielo, y volvemos a

sentir el bendito escalofrío. —Esto es un Goya, ¿no? —me preguntan las chicas de Madrid, mientras sacan las cámaras fotográficas de las mochilas. —Pues qué chulo es —sonríen, complacidas.